

Resumen

Vivir a la intemperie ha sido, desde siempre, una de las expresiones más acabadas y completas de la miseria. Los desplazados por las guerras o el hambre, los refugiados políticos y los emigrantes económicos que marchan a la búsqueda de un lugar donde poder radicar un proyecto vital que les ofrezca unas mínimas posibilidades de supervivencia o mejora personal, constituyen la inmensa mayoría de la gente sin techo. Un análisis detallado y extenso de esta cruda realidad conforma este artículo.

Palabras clave

Autoestima, Ocupación, Pobreza, Precariedad, Protección social

La vida al ras

Viure a la intempèrie ha estat, des de sempre, una de les expressions més acabades i completes de la misèria. Els desplaçats per les guerres o la fam, els refugiats polítics i els emigrants econòmics que marxen a la recerca d'un lloc on poder radicar un projecte vital que els ofereixi unes mínimes possibilitats de supervivència o millora personal, constitueixen la immensa majoria de la gent sense sostre. Una anàlisi detallada i extensa d'aquesta crua realitat conforma aquest article.

Paraules clau

Autoestima, Ocupació, Pobresa, Precarietat, Protecció social

Living rough

Living out in the weather has always been one of the lowest and most complete expressions of poverty. People displaced by war or hunger, political refugees and economic emigrants who leave in search of a place where they can make a life for themselves, which would give them the minimum possibilities of survival or personal improvement, constitute the vast majority of homeless people. This article is an extensive, detailed analysis of this crude reality.

Key words

Self-esteem, Employment, Poverty, Precariousness, Social protection

Autor: Pedro José Cabrera

Artículo: La vida al raso

Referencia: Educación Social, núm. 27 pp. 11-20

Dirección profesional: Departamento de Sociología y Trabajo Social
Universidad Pontificia Comillas de Madrid
pcabrera@chs.upco.es

▲ Una cruel realidad

Vivir a la intemperie ha sido, desde siempre, una de las expresiones más acabadas y completas de la miseria

Vivir a la intemperie ha sido, desde siempre, una de las expresiones más acabadas y completas de la miseria. Carecer de un refugio, de un lugar en el que guarecerse, de una madriguera a la que dirigirse para buscar resguardo, significa que se ha descendido en la escala de la dignidad personal por debajo incluso del más mísero y ruin de los animales. A pesar de todo, en nuestro mundo hiperdesarrollado, dotado de ingentes recursos de todo tipo y capaz de plantearse los retos de innovación tecnológica más sofisticados, son aún millones los seres humanos que viven de esta forma. En contra de las apariencias y de los estereotipos más extendidos, como en otros males que asolan a la humanidad, la inmensa mayoría de la gente sin techo se encuentra en los países más empobrecidos. Los desplazados por las guerras o las hambrunas, los refugiados políticos y los emigrantes económicos que marchan en busca de un lugar en donde poder radicar un proyecto vital que les ofrezca unas mínimas posibilidades de supervivencia o mejora personal, constituyen la inmensa mayoría de los *homeless* que existen sobre el planeta. Según los datos que ofrece el programa *Habitat* de las Naciones Unidas, de los 834 millones de personas que en el mundo habitan en barrios de chabolas, el 90% viven en países pobres de África, Latinoamérica y Asia. La pobreza de vivir sin techo (o con un techo ínfimo, inseguro e indigno), es un azote que golpea, sobre todo, a los más pobres.

Una situación difícil de entender y explicar

No obstante, en el imaginario colectivo y a los ojos del ciudadano medio de nuestros países ricos, existe una identificación casi exclusiva del *homeless* (la persona sin hogar) con la figura desastrada que vaga sin rumbo determinado, cubierta de harapos y empujando un carrito de supermercado por las calles de una gran ciudad ajena al tráfico y al movimiento de coches y peatones a su alrededor. De hecho, si resulta difícil explicar la existencia de decenas de millones que viven sin techo en el Sur, más complicado resulta aún entender cómo es posible que en medio de la abundancia más aparatosa, se produzcan situaciones de pobreza y exclusión tan extremas como las que muestran con su presencia misma, inquietante y fastidiosa para las mentes bienpensantes, las personas sin hogar que duermen sobre el banco de un parque, el recodo de un portal o los subterráneos del metro de una metrópoli del Norte enriquecido.



Estadísticas sorprendentes

Y sin embargo, en el país más rico de la tierra, a finales de los ochenta, un informe de la administración Clinton, estimaba que un 7% de los estadounidenses adultos habían vivido sin hogar en algún momento de su vida, y en estos momentos, las cifras que ofrecen los estudios más rigurosos (Burt 1998) indican que unos 3,5 millones de estadounidenses experimentan la situación de verse sin techo (en la calle) a lo largo de un año, de ellos 1,35 millones son niños. Naturalmente, es muy difícil medir el fenómeno de manera totalmente fiable, y los métodos más sofisticados dejan siempre un margen de reserva, según sea la definición empleada, el momento del año elegido para el trabajo de campo, etc., sin embargo, lo que parece indudable es que en las dos últimas décadas, en el país más rico de la tierra se han multiplicado los programas de asistencia y se han duplicado las plazas de albergue para alojar de forma precaria a casi un 10% de toda la población que vive bajo el umbral de la pobreza y carece de posibilidades para encontrar un alojamiento por sus propios medios.

Un nuevo perfil entre nosotros

Frente al varón de cuarenta y tantos años, solitario, con problemas de salud mental y alcohólico, que había venido siendo el cliente habitual de nuestros albergues para indigentes, es cada vez más frecuente encontrar a las puertas de los centros de asistencia a personas que se apartan de este perfil tradicional. Las mujeres expuestas a la violencia de género, los grupos familiares amenazados de desahucio, los extranjeros inmigrantes, los jóvenes embarcados en viajes de dudoso destino, son otros tantos grupos humanos para los que el riesgo de verse en la calle en un momento u otro de sus vidas se hace más y más presente y amenazador. Todo lo cual remite a situaciones de vulnerabilidad que hacen más fácil la pérdida de un lugar en el mundo para quien se encuentra amenazado o es ya víctima de la exclusión social, política, administrativa, cultural o económica. En un estudio reciente, centrado exclusivamente en la gente que se quedaba fuera de la red de albergues y se encuentra literalmente durmiendo en las calles del centro de Madrid, nos encontramos con unas 500 personas de las que un 18% eran mujeres, y algo más de un 30% eran extranjeros, extracomunitarios en su inmensa mayoría, procedentes de Europa del Este, Latinoamérica, el Magreb y el África subsahariana.

Frente al varón de cuarenta y tantos años, solitario, con problemas de salud mental y alcohólico es cada vez más frecuente encontrar a las puertas de los centros de asistencia a personas que se apartan de este perfil tradicional

El derrumbe de una idealización

La mirada que se
vierte sobre las
personas sin
hogar por el
ciudadano medio
encierra un juicio
severo y una
condena moral
construida en
torno a su su-
puesta incapaci-
dad para asumir
responsa-
bilidades

Desde luego, en la opinión pública queda aún cierto resto del halo romántico que desde la literatura decimonónica al movimiento *hippie*, pasando por la generación *beat*, ha idealizado la vida libre y sin ataduras del que vagabundea con una mochila al hombro viajando hacia ninguna parte y se erige así en elemento de contraste y referencia frente a esas otras vidas burguesas y acomodaticias, instaladas en la mediocridad y la búsqueda compulsiva de seguridad y control. Pero más habitualmente, la mirada que se vierte sobre las personas sin hogar por el ciudadano medio encierra un juicio severo y una condena moral construida en torno a su supuesta incapacidad para asumir responsabilidades, su pereza, su desidia o su falta de energía para vivir *como es debido*.

Injusta inculpación de las víctimas

Existen pocos ejemplos más paradigmáticos de lo que en ciencias sociales se conoce como el mecanismo de *inculpación de las víctimas*, una versión poco sofisticada, pero muy extendida de la tendencia a pensar mal de los demás y bien de uno mismo, como forma de preparar la coartada mental desde la que poder legitimar los pequeños privilegios de los que uno disfruta, distanciándose a la vez del otro y de sus necesidades insatisfechas, expresiones como: “A saber lo que habrá hecho para verse así...”; “cada cual obtiene lo que se merece”, junto con la contraposición precipitada entre el trabajo y la pereza (“la cigarra y la hormiga”, etc.) u otras mil simplezas semejantes, legitimadoras del *statu quo*, y aparentemente con fuerza explicativa del fracaso (merecido) de unos y el éxito (merecidísimo) de otros.

Cómo mínimo, este tipo de discursos, además de injustos con quienes padecen la exclusión sin hogar, resultan ser profundamente estúpidos e ignorantes de la realidad social -esencialmente relacional y estructural-, en la que se inscriben los procesos complejos que entraña cada biografía. Nada nuevo bajo el sol, puesto que a lo largo de la historia todo el pensamiento reaccionario y conservador ha tratado permanentemente de disolver en explicaciones individualísticas, la lógica de lo social. Argumentando de esa forma, los problemas sociales no existen, sino que únicamente subsisten individuos con problemas; individuos concretos, con nombres y apellidos, que viven inadaptados y fuera del marco (de explotación, dominación, machismo) que la realidad nos ofrece como un dato *inevitable*.



Víctimas de procesos sociales

Pese a todo, la realidad es tozuda y difícil de soslayar, y así, cada vez que nos aproximamos de forma sistemática a explorar las trayectorias seguidas por las personas sin hogar, nos encontramos con semejanzas y parecidos en sus recorridos vitales que por fuerza remiten a su condición de víctimas de procesos sociales mucho más amplios que su propia peripecia individual. No puede ser casual, por ejemplo, que en un país como el nuestro, con altísimas tasas de paro y precariedad en el empleo, la gran mayoría de quienes viven en la calle, hayan visto su itinerario laboral ligado a sectores como la hostelería y la construcción en los que la estacionalidad, la temporalidad y la itinerancia geográfica son las señas de identidad características de un régimen de explotación laboral que, inevitablemente, va dejando un reguero de damnificados, algunos de los cuales terminan por ver rotos sus lazos familiares y afectivos, sus vínculos de pertenencia y su sentimiento de autoestima y dignidad personal.

Sus recorridos vitales por fuerza remiten a su condición de víctimas de procesos sociales mucho más amplios que su propia peripecia individual

Tampoco es extraño, que en un país como el nuestro, que dispone del menor parque público de vivienda en alquiler de toda la Europa desarrollada, en donde el régimen de tenencia en propiedad supone más del 80% de las viviendas habitadas por los hogares –y en el que paradójicamente existen tres millones de viviendas vacías–, nos encontremos con que la inmensa mayoría de la gente que vive sin techo no ha tenido nunca una vivienda en propiedad, lo que supone que en el momento en que se hace presente una crisis vital, laboral, de salud mental, etc, las posibilidades de verse literalmente *en la calle* son mucho mayores para estas personas que para quienes cuentan con un sólido patrimonio inmobiliario.

Las verdaderas causas del problema

Es verdad, que hay ejemplos, en los que un pasado de éxito laboral, económico, o académico, deja paso a una vida en la que todo ese capital parece haberse esfumado como consecuencia de una adicción compulsiva, una enfermedad mental o un accidente, pero estos casos son la inmensa minoría, la excepción que confirma la regla; es cierto que son los casos más ampliamente aireados por los medios de comunicación cada vez que realizan un reportaje sobre excluidos sin hogar, pero se trata de ejemplos que son elegidos precisamente

La norma general es mucho más prosaica y consiste en una vida marcada desde la infancia por las insuficiencias de todo tipo que acaba finalizando de forma *natural* a las puertas de un albergue o en el banco de un parque

porque su carácter excepcional los hace doblemente llamativos y *espectaculares*, la norma general es mucho más prosaica y consiste en una vida marcada desde la infancia por las insuficiencias de todo tipo que acaba finalizando de forma *natural* a las puertas de un albergue o en el banco de un parque.

La solución. Un camino difícil para los servicios sociales

Como es lógico, al tratar de explicar el problema poniendo de relieve las causas estructurales como, por ejemplo, la crisis del empleo o la situación de la vivienda, que son las que a nuestro entender actúan como telón de fondo explicativo en el que se inscriben la gran mayoría de las vidas rotas de los excluidos sin hogar, no estamos diciendo que una vez que el naufragio vital se ha producido, éste pueda ser reconducido simplemente con el recurso fácil de proporcionarle alojamiento en una pensión y un empleo en una hamburguesería, si la cosa fuera así de sencilla, hace tiempo que habrían desaparecido del paisaje urbano las personas sin hogar. Como en otros problemas sociales, el dinero ahorrado previamente en actuaciones preventivas, hoy por hoy inexistentes, se multiplica con creces cuando se han de poner en marcha programas específicos de alcance, captación y recuperación psicosocial de quienes han hecho de las calles su hogar. Al fin y al cabo, son los agujeros de nuestro sistema de protección social los que quedan al descubierto cada vez que un ser humano se ve abocado a vivir a la intemperie: son las prestaciones económicas insuficientes que obligan a escoger entre alimentarse o pagar la habitación en una pensión; es la escasez de plazas en residencias de todo tipo; la desprotección de los menores institucionalizados cuando cumplen 18 años; la carencia de referentes y de programas de reinserción de quienes son excarcelados; es la gestión con criterios economicistas de los hospitales que precipita las altas de quienes no tienen donde proseguir su recuperación; en definitiva, muchas personas sin hogar, son también expresión viva de la escasa dotación de profesionales y competencias de los servicios sociales públicos, que prácticamente no tienen nada que hacer ante un desahucio forzoso, o en cuestiones de vivienda, etc.



La situación en España

Desgraciadamente, por más que la cuestión resulte sangrante y dramática, no afecta numéricamente a gran número de personas en términos absolutos; las estimaciones más fiables hablan de unas 15.000 personas alojadas en la red de albergues de emergencia en España en un día cualquiera, cifra que puede elevarse a unas 30 o 40 mil a lo largo de un año. Hace tan sólo unos meses el Instituto Nacional de Estadística ha hecho público un estudio que nos va a permitir incorporar por primera vez alguna información sobre *sinhogarismo* en España procedente de fuentes oficiales. Se trata de una encuesta por correo que recoge datos procedentes de 555 centros que atienden a personas sin hogar. En este estudio se estima que, en un día cualquiera existen alrededor de 18.500 personas sin hogar en España, para las que disponemos de 13.500 plazas de alojamiento de emergencia.

Redes de protección social

En cualquier caso, hablamos de *poca gente*, prácticamente nada, al lado de otros asuntos que afectan a millones o centenares de miles de personas. Se trata además de ciudadanos que electoralmente cuentan muy poco, y que además por su elevado grado de aislamiento y desconexión no van a presentar un frente de demandas y reclamaciones conjuntas, con lo cual nunca llega el momento de que los responsables políticos instrumenten medios suficientes para afrontar en serio el problema, de manera que la atención sigue estando abrumadoramente en manos de instituciones religiosas, adolece de una crónica y desesperante falta de medios materiales y humanos, que intenta suplir con el trabajo de voluntarios lo que no pueden abordar con profesionales dignamente retribuidos, y, salvo honrosas excepciones, permanece descoordinada tanto internamente como respecto de las demás redes de protección social.

En síntesis, las características principales de la red son las siguientes:

- Se trata de una red mayoritariamente de titularidad privada. La gran mayoría de los centros (el 73% según el INE, el 79% según Cabrera) son de iniciativa social, y dependientes de entidades religiosas en sus tres cuartas partes. Cáritas por sí sola controla aproximadamente un 40% de los centros de atención a personas sin hogar existentes en España.

La atención adolece de una crónica y desesperante falta de medios materiales y humanos, que intenta suplir con el trabajo de voluntarios lo que no pueden abordar con profesionales dignamente retribuidos

- Este hecho refleja en parte la relativa minoría de edad de nuestro régimen de bienestar (Esping-Andersen 2000:122); téngase en cuenta que las primeras leyes que desarrollan un sistema público de servicios sociales en España son de mediados de los 80 y que apenas si ha habido ocasión de desplegarlo en toda su amplitud debido a la crisis económica del último cuarto de siglo, de modo que no es extraño que, llegando a los temas de exclusión extrema y *sinhogarismo*, nos encontremos ante el fondo de saco de un proyecto de *public welfare* continuamente olvidado y aplazado para más adelante, al que sólo muy lentamente se le va dotando de un marco realmente moderno, generado a partir de un reconocimiento de derechos sociales para todos los ciudadanos y garantizado por la Administración.

La atención a personas sin hogar sigue estando centrada en la asistencia para la supervivencia

- La atención a personas sin hogar sigue estando centrada en la asistencia para la supervivencia: proporcionar comida, cama y ropa. Si bien desde hace una década han comenzado a desarrollarse otro tipo de experiencias más novedosas y que van más allá de las necesidades inmediatas, como por ejemplo, programas de talleres ocupacionales y de inserción laboral, equipos de intervención en la calle, centros de día en los que se trabajan habilidades sociales, aspectos culturales y de ocio creativo, etc. No obstante este tipo de abordaje se encuentra casi exclusivamente en las grandes ciudades, en el medio rural, el peso de la visión tradicional sigue siendo abrumadoramente mayoritario.

- Al día de hoy, el peso de la historia sigue siendo todavía muy fuerte, y entre otras cosas se refleja en el predominio de los centros orientados a la población transeúnte tradicional (un varón solitario, con frecuencia alcohólico o con problemas de salud mental, y socialmente desarraigado) mientras que no existe una orientación tan abierta hacia los nuevos perfiles, más jóvenes, más mujeres, más inmigrantes, más grupos familiares, más menores...

- Lo mismo ocurre con los horarios que mantienen, que son poco coincidentes con los usos y hábitos culturales de nuestro país, con los edificios de que disponen, habitualmente están poco adaptados y presentan serios inconvenientes para el estilo de trabajo que se requiere en el momento actual, más personal e individualizado.

- Con carácter general, la red adolece de una crónica escasez de recursos económicos y de personal titulado, lo que hace que el peso del voluntariado sea enorme. Según los datos del INE, de un total de 12.757 personas que trabajan en la red de centros, sólo un 29% son asalariados, el resto son voluntarios (65%) u otro tipo de personal no remunerado (6%) como religiosos, alumnos en prácticas, etc. Si bien, la mayoría del personal asalariado trabaja



a tiempo completo (el 79%), también es verdad que casi la mitad se dedica a tareas administrativas y a servicios auxiliares; el personal técnico está constituido por un total de 1.263 personas en todo el país. Por los datos que obtuvimos en nuestro anterior estudio (Cabrera 2000) mientras que en los centros rurales el personal asalariado es tan sólo un 10% del total, en los centros ubicados en ciudades de más de 20.000 habitantes ronda el 20%. Teniendo en cuenta que esta escasez de profesionales cualificados es mayor en los centros privados, en los de pequeño tamaño y en las zonas rurales nos encontramos con que la baja calidad técnica de la atención que se presta en el medio rural es un hecho ampliamente extendido.

- Hasta fecha bien reciente la implicación de la Administración Pública ha sido bastante escasa, lo que se refleja en la descoordinación existente entre los distintos departamentos de la misma, y de modo particular entre los que se ocupan de los asuntos sociales y los encargados de la política de vivienda, del empleo y de la sanidad. Razón por la cual, en diferentes ocasiones hemos demandado la realización de un Plan Integral de Actuación en cada Comunidad Autónoma.

La implicación de la Administración Pública ha sido bastante escasa

- No obstante, la mayor parte de la financiación se realiza con fondos públicos (57% según el INE, 54% según Cabrera). De estos fondos públicos, la mayor parte proviene de los propios municipios (40%) y de los gobiernos regionales (39%), mientras que la Administración estatal corre con el 21% restante, lo que supone tan sólo el 12% de los 118,44 millones de euros al año que se emplean en España para atender a las personas sin hogar (INE 2004:44). Esto significa que, si aceptamos la estimación de 18.500 PSH, nos estamos gastando una media de 17,5 € al día para atender a cada persona sin hogar en todas sus necesidades (alojamiento, comida, ropa, atención psicosocial, formación, etc) , tres años antes Cabrera (2000:112) estimaba el gasto diario por persona entre 14 € y 18 €. Estas cifras nos dan una idea del grado de penuria en que nos movemos en este ámbito.

- Un último rasgo característico de la red de centros destinados a atender a las personas sin hogar en España lo constituye su carácter eminentemente urbano. A partir de los datos que muestra la encuesta del INE, tendríamos que el 85% de los centros se encuentran ubicados en núcleos de población con más de 20.000 habitantes. Esto significa que apenas un 15% de los centros se encuentra en pueblos de 20.000 habitantes o menos, mientras que en tales lugares vive el 34% de la población española.

Conclusión

Se requiere de una cierta revolución mental entre quienes trabajamos contra el *sinhogarismo* que rompa las relaciones unidireccionales y asimétricas entre quienes ayudan y quienes son ayudados

A partir de este panorama, es obvio que queda mucho por hacer, sin duda. Esencialmente se necesitan programas coordinados y a largo plazo, que establezcan criterios bien definidos y ordenen el sector en torno a una política de garantía de derechos ciudadanos y lo saquen de la tendencia a realizar una atención asistencialista, paliativa y de urgencia. Desde luego se necesitan más recursos de todo tipo, materiales y humanos, diversificados y adaptados a la heterogeneidad de situaciones que se dan cita en el problema, pero sobre todo se requiere de una cierta revolución mental entre quienes trabajamos contra el *sinhogarismo* que rompa las relaciones unidireccionales y asimétricas entre quienes ayudan y quienes son ayudados, un nuevo marco relacional que lleve a dar protagonismo a los propios afectados, devolviéndoles lo que nunca debieran haber perdido, su condición de sujetos activos y conscientes, llenos de limitaciones, sin duda, (como cualquiera de nosotros) pero capaces de elegir objetivos racionales y valiosos, y de colaborar activamente en el diseño de estrategias para alcanzarlos. Entre ellos, naturalmente, ha de incluirse el objetivo de pensar y generar un marco de relaciones sociales menos desigual, injusto y despiadado que el actual.

Pedro José Cabrera

Departamento de Sociología y Trabajo Social,
Universidad Pontificia Comillas de Madrid

Bibliografía

Burt, Martha (1998), *America's Homeless: Numbers, Characteristics and programs that serve them*. New York: Urban Institute Report 89-3.

Cabrera Cabrera, P. J. (2000), *La acción social con personas sin hogar en España*. Madrid, Foessa-Cáritas.

Esping-Andersen, Gosta (2000), *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*. Barcelona, Ariel, 2000

Instituto Nacional de Estadística (2004), *Encuesta sobre las personas sin hogar (Centros)* Madrid. Edición electrónica publicada el 19 de mayo de 2004 (Análisis sociales) < http://www.ine.es/prodyser/pubweb/epsh_052004/epshcen_0504.pdf >